

Pablo Andrés Escapa

Gran Circo Mundial

EDICIONES DEL VIENTO



© Pablo Andrés Escapa 2011

© Ediciones del Viento 2011

EDICIONES DEL VIENTO S.L.

Avda. Fernández Latorre, 5 - 9, 2º E

15006 La Coruña

Tel: 981 244 468

e-mail: info@edicionesdelviento.es

www.edicionesdelviento.es

Diseño: David Carballal estudio gráfico, s.l.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-96964-94-5

Depósito legal:

Impresión:

Impreso en España / Printed in Spain

Índice

Sábado	9
Domingo	21
Lunes	35
Martes	45
Miércoles	63
Jueves	77
Viernes	113

Sábado

I

Era un circo pequeño.

La visera del primer camión de los dos que componían la compañía aún predicaba una prosperidad que el aspecto del vehículo, con la pintura derrotada por años de soles e intemperies, hacía dudosa: GRAN CIRCO MUNDIAL.

Avanzaba aquella desvencijada comitiva con el cansancio de las bestias prehistóricas, o de las bestias sin edad y sin memoria, alargando sus sombras sobre la cuneta, llenando el aire de una respiración fatigada. Y hubo un instante en que todo pareció quedarse sin aliento. Coronaba el circo una cuesta con tanto ahogo de válvulas y engranajes que la pausa del motor en un cambio de marchas sembró el campo de agonía.

Por encima de un teso cercano a la carretera se asomaron unas cabezas. La tarde quedó prendida de una fila de ojos muy abiertos, de un devaneo de humo azul espesando el aire que un momento antes vibraba con conversaciones hechas de palabras nerviosas y cigarrillos prohibidos. Vagas empresas aventureras y sentimentales quedaron de pronto descuidadas ante el espectáculo de aquel cortejo triste.

Recuperó el motor el aliento tan hondamente perdido y con él los albores de una velocidad consoladora que ya anunciaba el

desmayo del descenso. Y fue en ese tímido progreso cuando el gran mundo aludido en la visera del camión vino a prolongarse en un anuncio lateral que llenaba el toldo del vehículo, una escritura hecha de letras rojas y amarillas, triunfales al atardecer como un fuego lleno de ilusiones desfilando ante la hilera de ojos asomados: FIERAS DE LOS CINCO CONTINENTES. La leyenda desafiaba las dimensiones del camión, por no decir que conmovía a la tarde entera, pacífica sobre los páramos y los campos de ovejas familiares. Y quién sabe si aquel desconcierto entre la letra viajera y el paisaje inmóvil, entre la figuración de un anuncio exótico y la verdad de los barbechos cotidianos, no acabó inspirando tiempo después, cuando todo lo ocurrido halló su asiento en las memorias y fue engendrando sentencias para contarlo, un comentario que vino a resolver el recuerdo incrédulo que los feriantes dejaron de su paso: «todo cuento».

Era, en fin, un circo pequeño, alimentado de su enorme mentira. Y por eso mismo, una ilusión digna de entrar en una fábula: la de los mundos marchitos, la de las promesas esclavas de su propia leyenda, hecha de capricho y de inercia, de leguas y de tiempo, una servidumbre acaso nacida para vivir solo felizmente en los carteles.

Se perdió el rumor del circo carretera adelante y volvieron las cabezas a su cobijo tras las lomas floridas. Había ahora una emoción nueva en las palabras, como si de pronto fueran más cercanas las geografías tantas veces soñadas o más posible el ingreso en sus orillas.

Y así fue apagándose la tarde tras pasar el circo, con una impaciencia secreta, como los cigarrillos furtivos.

Por el sendero ya en penumbra los pasos de los chicos se atropellaban bulliciosos hacia el caserío. Caía el sol y por encima de las imaginaciones agitadas volaron aves de otro mundo a perderse camino de poniente.

La última luz del día temblaba en el horizonte mudo. Iban los ojos pendientes de alumbrar a Venus, que por mayo es un hábito

sobre los chopos de Valcido, y olía a grillos la noche temprana, a grillos negros y a manos sudadas de tanto marear la tarde.

El crepúsculo era un enjambre azul sobre todos los pensamientos. Pero bastó que alguien propusiera una carrera para que la noche y las estrellas quedaran descuidadas en su giro. De golpe regresaron los ánimos a la tierra veloz y a las risas ciegas.

Fue entonces, en medio de la respiración sofocada que late en los oídos y pone renunciadas inmediatas a denunciar trampas en la salida, cuando se oyó una voz que deshizo todos los esfuerzos iniciados por llegar primero a la meta, un acento extraño que se alzó sin anunciarse, como una sombra en medio del camino.

—Amigós, ¿es un médico en esta vila?

2

La noticia de que había llegado un circo al pueblo fue creciendo como una nube remota, una nube que primero hace dudar del horizonte, tan manso, hasta que un trueno convoca todas las atenciones y todas las prisas por recogerse a tiempo.

A medida que prosperaba el rumor, crecía la perplejidad. No era calendario de fiestas, no había motivo de celebración que se supiese, no se tenían precedentes de otras visitas intempestivas que al menos hubieran relajado alguna vez la costumbre de nunca esperar nada. La condición más íntima de Santolices, la tranquilidad histórica, el dominio de las horas afianzado en la falta de novedad durante siglos de labores lentas y previstas, se veía de pronto alterado por una presencia que ni siquiera las memorias más afiladas acertaban a explicarse. Tampoco los barruntos de Virgilio el zapatero, a los que desde su muerte se acudía periódicamente para ejemplarizar, habían sabido dar razón de la anomalía. O tal vez lo habían hecho.

Las almas de Santolices zozobraron entre la pasión por la inercia, entendida como una indolencia llena de virtud, y el

recelo ante lo desconocido, juzgado un signo del espíritu prudente. De ese debate íntimo y coral al que se vería sometido el vecindario una cálida sobremesa de domingo, salió victoriosa la precaución, que es patria común de la quietud y el recelo. Y fue a través del recuerdo de una anécdota, en apariencia inocua, como se llegó a tan meritorio correctivo de la realidad. Porque cuando ya no hubo remedio para negar lo evidente, cuando la música de un altavoz se adueñó del aire a una hora en la que no tocaba oír ni pregones de fruta ni proclamas de colchonería lanar, una música sorda e indescifrable que arrastró cabezas hacia las puertas y las ventanas, que descompuso algunas mordorras y arrancó juramentos a los jugadores de cartas reunidos en el bar de Alcides, contrariados por una mala mano a la que se sumaba ahora el ruido impertinente, sólo entonces, en ese desconcierto del santo domingo alterado a media tarde, fue cuando se iluminó una memoria, quizá animada por la dirección que traía la música, para recordar una sentencia legendaria de Virgilio, aquel comentario suyo dicho un día con aparente resignación, después de que al regreso de un paseo hubiera recogido junto al cruce de la comarcal una pamelita llena de lazos y florería que acabó coronando muy vistosamente la cabeza de un espantapájaros en su huerta: «Las novedades llegan siempre por la carretera». Y bastó aquella sentencia para poner orden en las cosas.

Pero hasta que se dio con el ensalmo estuvieron los ánimos suspensos, atentos los ojos a la esquina por donde se adelantaba la música que había alertado los oídos. La angostura de la calle Galdafarro era el estrelladero de todas las miradas. Inmóvil en la siesta solar, nunca resultó la calleja tan incierta en su condición de embudo de la realidad. Y lo que aquel estrangulamiento produjo para éxtasis de las curiosidades reunidas, fue una nube de globos ascendiendo sobre los tejados hasta perderse en el cielo. A la imaginación del público, aún embelesada por el recreo ingrátido de los globos, le costó aceptar la criatura

inverosímil que se asomó entonces por la esquina, un cuerpo rígido de chapa y cristal que amenazaba con atragantar la arquitectura de la calle, si no la experiencia todavía precaria en prodigios de los que miraban. La calleja vomitaba un camión.

No es fácil decidir qué causó más incredulidad, si la leyenda en la visera del vehículo o el hecho de que fuera una mujer quien conducía. Al menos esta circunstancia quedaría discretamente reflejada en un documento oficial, pocas horas después. Pero conociendo la vocación fatalista de Santolices, no será un exceso aventurar que aquel espectáculo lo que rescató con otra luz, como una suerte de revelación premonitoria que venía tanto tiempo después a confirmarse, fue el antiguo juicio sobre la pamele.

—Ya lo decía Virgilio, que en paz descanse: las novedades vienen siempre por la carretera —se pronunció la explicación.

Y un silencio que todos podían advertir se impuso al ruido del motor que invadía los rincones y las almas entregadas a rescatar privadamente las palabras exactas del zapatero.

—Llegan —corrigió una voz.

—Es igual. La cosa es que llegan o vienen siempre como decía Virgilio, por la carretera.

Porque para la ciencia sedentaria de Santolices, lo mismo daba la novedad de un circo que el silbido de un afilador o el paso de un pedigüeño ocasional: todo eran malas artes del camino.

3

Probablemente, el desconcierto primero con que el domingo fue extendiéndose la noticia de que había llegado un circo al pueblo, provino de la fórmula empleada para contarle: «ahí anda un circo metido en Galdafarro». Y con una deliberada afectación de indiferencia, que era el mejor abono para que

fermentase la curiosidad, se dejaban ahí las cosas. La renuncia verbal, según la ejercieron diversos relatores del acontecimiento, les confería cierta condición de iniciados en los misterios del día frente a quienes no habían sido testigos de los hechos. Se demandaban detalles que los sabedores parecían reacios a conceder y cuando la impaciencia alcanzaba ya un grado respetable, se brindaba un complemento que también era fruto de la malicia, por no decir de la provocación: «un circo mundial».

Pero hubo otros heraldos de aquella presencia, mucho más verosímiles en la buena fe con que refirieron los hechos y más cercanos en el tiempo que los oráculos del zapatero resucitados para paliar la novedad. Sólo que no se manifestaron en público. Por lo demás, de haber logrado el necesario tránsito hasta convertirse en rumor, es muy probable que se hubiera dudado de la autenticidad de la noticia por causa del linaje de quienes la trajeron. Pudiera ser también que de la hora, con la noche recién puesta sobre el campo y el mundo en paz.

Lo había dicho Melo, el de la Coja de Lázaro, y por si se dudaba del testimonio vacilante que había expuesto ante un plato de fideos en la cocina de casa, el chico reclamaba como testigos nada menos que a Fito el del sacristán, al Rubio de la Toba y al Cesarín de los Fronteros. «Como para fiarse de lo que visteis o dejasteis de ver», venía a resumirse el crédito doméstico con que se recibieron las palabras de Melo. Pero el muchacho, ante la mesa familiar, juraba que era cierto aquel encuentro.

—¿Y tú qué le dijiste? —la voz de la Coja interrogaba con impaciencia.

—La primera vez nada.

—¿Cómo la primera vez?

—Es que no entendíamos lo que preguntaba. Apareció así, de pronto, y luego hablaba raro. Hasta la segunda no entendimos lo del médico.

—¿Y qué le dijiste entonces?

—¿Yo? Que si le avisan, viene.

La Coja volvía la cabeza hacia Lázaro y se hacía de cruces. El hombre seguía sorbiendo sopa, como si no oyera.

—Tenías que haberle dicho que no —resolvió la mujer dando un manotazo en la mesa que hizo levantar al hombre los ojos.

—¿Y qué quieres que haga el chico si le preguntan? —El tono de la réplica era poco convencido, tibio en su intento de zanjar la conversación y volver pacíficamente a los fideos.

—Pues que contesten otros. A ver si luego va a pasar algo y es culpa nuestra encima, por dar facilidades. ¿A que los demás no abrieron la boca?

La Coja se extendía en reproches que iba amasando con una furia creciente hasta estirarlos por donde menos se podía prever. Su discurso acababa abandonándose al hábito de las palabras dichas para los oídos propios, a las lamentaciones que nombran la desgracia inmerecida y la lucha inútil contra el carácter débil de la sangre ajena. Melo sorbió por la nariz, un gesto que solía preceder a las palabras.

—Calla, calla y no me contestes que ya hablaste bastante —previno la Coja—. Esa gente de los caminos no trae más que disgustos.

El hombre pareció animarse de pronto.

—De los caminos era yo cuando nos juntamos —dijo apurando un vaso de vino y alzándolo después a la salud de su mujer—, ¿o ya se te olvidó que me conociste echando el rebaño por Fuentemiral?

La mujer asentía al tiempo de tragar una cucharada.

—Se me va a olvidar, sí. Como que no frotaron estas manos para sacarte el olor a oveja. Mira, mira si no me quedaron así los dedos desde entonces —La Coja casi metía las manos en el plato del hombre, buscando confirmación—. Y luego las pulgas, que parecíamos todos perros a la hora de rascarnos.

El hombre no replicó. Para un carácter melancólico una sopa caliente vale más que perderse en palabras. Le costó dejar a los

animales, es verdad, pero hubo que decidirse o la Coja no se hacía cargo de un desgraciado como él cuando más necesitado se vio: viejo para cualquier mujer, con una salud ya sentenciada y sin otro beneficio, como le dijo ella, que la poca conversación. A lo mejor por eso, porque era hombre que no hacía preguntas, se conformó la Coja, que vio más porvenir en una triste compañía que en la penuria de criar sola a un hijo ganado en un mal encuentro el año que fue a probar suerte a la capital. Al hombre, aceptar aquel niño ajeno le costó menos que compartir los beneficios de la venta del rebaño. Si alguna vez le amargaban las dudas, pensaba sencillamente que aquello de juntarse con la Coja eran monedas por comida y cama, como en cualquier trato justo. Además, si se ponía a echar cuentas, hasta sentía afecto por el chico. Le gustaba verlo crecer a su lado y recordarlo de más niño, atento a los progresos de la navaja que iba labrando unas iniciales muy bien tramadas en la empuñadura de un palo para que, recién regalado con aquel atributo de príncipe de los caminos, echara a correr dando saltos. Verlo salir así era como soltar un cordero de las manos.

El chaval y el hombre comían fideos sin hablar.

—A saber qué enfermedad nos dejan por culpa de éste —terminó la Coja señalando con la cabeza hacia Melo. Después se santiguó vertiginosamente —ya se sabe el escrúpulo que suele alentar en quienes viven acusados de poca virtud— y apenas resuelta la señal de Cristo, la mano de la Coja se adelantó a la del hombre para alcanzar el vino. Con gesto decidido se llenó ella el vaso y antes de dejar la botella otra vez sobre la mesa, comprobó los últimos posos levantándola hacia la luz de la bombilla. Con un hondo suspiro vertió la escurridura que quedaba sobre los fideos del plato y con un dedo se llevó a la boca la definitiva gota que iba a perderse rodando, cuello abajo de la botella.

—Que nos aproveche —previno con generosidad.

4

No hay constancia de que la noticia saliera de esa pobre habitación donde Melo, Lázaro y la Coja cenaban juntos. De haberlo hecho, al menos alguno de los que al día siguiente se sorprendieron con aquel capricho que era el circo irrumpiendo por mitad de Galdafarro a la hora de la siesta, podría haber alegado la palabra reciente de un niño en vez del testimonio remoto de Virgilio el zapatero para explicar aquel advenimiento inesperado.

Mas lo cierto es que de casa de Melo, aunque de una manera un tanto desmayada y huidiza, llegó a salir la noticia. El fracaso con que viajó el anuncio hasta el corazón mismo de Santolices es buena prueba de esa terca condición de los hombres, más dispuestos desde el tiempo de los profetas a no atender que a escuchar palabras llenas de novedad.

Ocurrió así: Lázaro el pastor, con el relato del chico viviendo en los oídos, salió a la puerta de casa. Durante un rato contempló la distancia, inmóvil bajo el sosiego de la luna. Como un hombre gobernado por los astros, empezó a alejarse, tal vez dudando él mismo de sus pasos. En medio de la oscuridad, la luz del bar le distrajo de su rumbo incierto. No era aquel un dominio familiar de sus paseos, pero era la mejor plaza para sembrar la palabra. Es claro que algo en la naturaleza del circo nos perturba: Lázaro se veía arrastrado a hablar en público. Antes de abrir la puerta, se estiró los puños de la camisa, se sacudió las hombreras de la chaqueta y se colgó del brazo la cacha. Una vez dentro, se quedó junto a la puerta, echando un vistazo a las mesas envueltas en la niebla del local. Alguno levantó la cabeza un momento, para reconocerlo.

—Me dice el chaval que anda un circo metido en la chopera.

Como en los sueños, la voz de Lázaro parecía no sonar sino para sí mismo. El viejo pastor era una figura incomprensible que hacía muecas con la boca en medio de una marea de voces. No

PABLO ANDRÉS ESCAPA

se movió por esperar una réplica. Durante un rato siguió repasando las mesas con la vista. Todos continuaban a lo suyo. A lo mejor el alboroto de las conversaciones precipitó el abandono. O la conciencia incómoda de haber ido demasiado lejos. Borroso entre el humo de los cigarros, el hombre buscó de nuevo la puerta que lo sacara a la noche.

Bajo las estrellas, Lázaro despertó: lo asaltaron el aire tibio, el coro lunar de las ranas, la pesadez vinosa de la cabeza perdida en el recuerdo de una chopera tantas veces recorrida con las ovejas, pero nunca con un circo acampado entre los árboles.